

# Territorialidades barriales en la ciudad contemporánea

Núcleo Interdisciplinario "Territorialidades  
Barriales en la Ciudad Contemporánea"

**Comité editor**

Florencia Rehermann, Alicia Rodríguez, María Eugenia Viñar,  
Aline Da Fonseca, Marcelo Pérez Sánchez, Gustavo Machado, Laura Bozzo,  
Gonzalo Pérez Monkas, Gianina Rivero, Rossina Yuliani, Daniel Fagúndez



Espacio Interdisciplinario  
Universidad de la República  
Uruguay



# Barrio y ciudad, un viaje en dos direcciones

Ramiro Segura<sup>1</sup>

**Ramiro Segura.** Profesor titular de Teoría Social (UNLP) y profesor adjunto de Estudios Urbanos (Unsam). Licenciado en Antropología (UNLP, 1999). Doctor en Ciencias Sociales (UNGS-IDES, 2010). Posdoctorado en la Universidad Libre de Berlín (2012-2013). Se desempeña como Investigador Adjunto del Conicet. Profesor titular en la Universidad Nacional de La Plata.

## Resumen

Este artículo propone una reflexión teórica y metodológica sobre los conceptos de «barrio» y «territorialidades barriales» tomando como punto de partida los resultados de un conjunto de investigaciones realizadas por el autor en «barrios populares» de la Argentina. La argumentación sigue tres etapas: en la primera se identifican las tres tradiciones predominantes en la investigación sobre el barrio; en la segunda se señalan los límites del barrio como concepto, y en la tercera, a partir de los resultados de la propia investigación, se propone la figura del viaje en dos direcciones entre barrio y ciudad. El artículo sugiere que realizar este viaje de dos direcciones entre el barrio y la ciudad siguiendo los recorridos cotidianos de las y los habitantes permite una productiva comprensión recíproca del barrio y de la ciudad.

## Introducción

En este texto propongo algunas reflexiones teóricas y metodológicas acerca de las categorías «barrio» y «territorialidades barriales», en tanto herramientas conceptuales productivas para conocer la ciudad y lo urbano. En efecto, el barrio ha sido –muchas veces por *default*– una puerta de acceso a lo urbano por parte de las ciencias sociales, especialmente por la línea de investigación socioantropológica cuyos antecedentes se remontan a los trabajos de la Escuela de Chicago durante las décadas de los veinte y los treinta. Al mismo tiempo, sin embargo, el aislamiento y la autonomización del barrio al que muchos de estos estudios condujeron han obturado el conocimiento de las dinámicas urbanas y de las prácticas sociales de sus habitantes: «tentación de aldea» (Magnani, 2002) que ha conducido a que muchas veces la ciudad paradójicamente desaparezca del horizonte de indagación de la antropología urbana (De La Pradelle, 2007).

---

1 Contacto: segura.ramiro@gmail.com

Contra esta tendencia, con la imagen –y la práctica antropológica– de «un viaje en dos direcciones» entre el barrio y la ciudad en este artículo busco pensar, entonces, las condiciones a partir de las cuales la investigación social puede tornar al barrio y a las territorialidades barriales en categorías heurísticas para conocer la ciudad y, a la vez, remarcar la necesaria referencia y contextualización de la investigación en la ciudad para avanzar en la comprensión de los barrios y de las territorialidades barriales.

El capítulo se organiza en tres partes. En la primera parte, realizo una breve síntesis de los usos habituales de la categoría barrio por las ciencias sociales, identificando tres tradiciones principales. En la segunda parte, se identifican lo que considero que son las limitaciones principales en los usos habituales de la categoría barrio, es decir, trabajo sobre los «límites del barrio» (Merklen, 2005). Y en la tercera parte, reflexiono sobre algunas de las formas en las que, en mis investigaciones concretas, he intentado innovar en el uso de la categoría, habilitando de modos diversos el viaje en dos direcciones entre el barrio y la ciudad. Cierro el capítulo con una breve reflexión acerca de las territorialidades barriales y su productividad en la comprensión del barrio y de la ciudad.

### El barrio en las ciencias sociales

Prácticamente desde sus inicios la noción de barrio –y especialmente las cambiantes y diversas formas socioespaciales que adquirieron en cada lugar los espacios residenciales que agrupo aquí bajo la categoría genérica de «barrios populares» (Grimson, Ferraudi Curto y Segura, 2009)– estuvo relacionada a dos cuestiones centrales y persistentes para la teoría social y urbana (Gravano, 2006; Ferraudi Curto, 2019). Por un lado, la cuestión de la *segregación espacial urbana* que remite tanto a la heterogeneidad de funciones y cualidades del espacio urbano como a la pregunta por las desigualdades sociales en la ciudad y, especialmente, en las últimas décadas, al modo en que las mismas se estructuran, siguiendo las cambiantes líneas de la clase, la raza, la etnia y/o sus intersecciones (Carman, Vieira y Segura, 2013). Por otro lado, la cuestión de *la comunidad local* en los contextos urbanos modernos y los supuestos de persistencia o generación a nivel del barrio de relaciones de proximidad vecinal, redes de solidaridad local e incluso puntos de apoyo para la acción colectiva.

Ambas cuestiones –segregación y comunidad– aparecen entrelazadas en las investigaciones pioneras de la Escuela de Chicago. Como sabe-

mos, la propuesta de Robert Park (1999) de una «ecología urbana» partía de una analogía con las plantas, donde el mecanismo principal (si bien existían la simbiosis, el dominio y la sucesión) era la competencia por el espacio. Así, de manera análoga a las plantas, los habitantes más fuertes del medio urbano ocuparían los lugares más ventajosos y otros se adaptarían a sus demandas. En esta dirección, los trabajos posteriores de Roderick McKenzie y de Ernest Burgess sostuvieron que puesto que la competencia era la principal fuerza de regulación, las distintas actividades humanas en la ciudad se distribuirían según los valores del terreno. De esta idea derivó Burgess (1925) su famoso «diagrama ideal» de la ciudad como una serie de círculos concéntricos: centro; zona de transición; periferia. Los procesos económicos creaban así «áreas naturales», barrios que no habían sido diseñados sino que simplemente crecían resultado de la dinámica de la competencia entre diversos grupos sociales y actividades económicas. En síntesis, los procesos de urbanización producían «áreas naturales» resultado de la competencia por un espacio finito; muchas de estas áreas se correspondían con «regiones morales» particulares que componían las estelas del gran «mosaico urbano». En términos de Park:

Los procesos de segregación establecen distancias morales que convierten a la ciudad en un *mosaico de pequeños mundos que se tocan pero no se penetran*. Esto hace posible que los individuos pasen rápida y fácilmente de un medio moral a otro, y estimula el fascinante pero peligroso experimento de vivir al mismo tiempo en varios mundos diferentes y contiguos, pero por lo demás muy alejados entre sí (1999, p. 123; las cursivas son mías).

Partiendo de esta visión global de la organización ecológica de la ciudad donde se articulaban dimensiones geográficas, económicas, poblacionales y morales, Park incentivó a sus estudiantes a la realización de un abordaje antropológico de la ciudad o, al menos, de partes de ella. En este sentido, en un trabajo seminal publicado en 1915, Park escribió:

Hasta ahora, la antropología, la ciencia del hombre, se ha dedicado principalmente al estudio de los pueblos primitivos. Sin embargo, el hombre civilizado [sic] constituye un objeto de investigación igualmente interesante, y además su vida resulta más accesible a la observación y al estudio. La vida y la cultura urbana son más variadas, sutiles y complejas, pero los resortes fundamentales son semejantes en ambos casos. Los mismos métodos de observación paciente que antropólogos como Boas y Lowie han aplicado al estudio de la vida y las costumbres pueden incluso emplearse de forma más fructífera al estudio de las costumbres, creencias, prácticas sociales y

concepciones generales de la vida que prevalecen en Little Italy, en el Lower North Side de Chicago, o incluso para registrar los más sofisticados hábitos de los residentes de Greenwich Village y de los alrededores de Washington Square, en New York (1999, p. 50).

A mi entender se desprende de este artículo un temprano proyecto de lo que hoy llamaríamos antropología urbana. Sin embargo, este programa no se desarrolló plenamente en los tiempos de Park. Los estudios etnográficos de la Escuela de Chicago se centraron en lo que en el diagrama de Burgess es nombrado como «zona de transición»: sector de la ciudad donde se encontraban el gueto judío, los clubes de baile, el «cinturón negro», las bandas de jóvenes, las asociaciones de delincuentes, entre otros espacios. La elección no fue azarosa: «zona de transición», «desorganización» y «etnografía» van en este caso de la mano. Se trataba de investigar de cerca lo que ocurre en esos espacios asociados desde la perspectiva dominante con la desorganización social: los espacios y los actores con los que se vinculaban los «problemas sociales» entendidos como «problemas urbanos». Pese a este sesgo, se trata de una experiencia de etnografía colectiva de una ciudad sin parangón en las ciencias sociales. Incluso, muchos de estos trabajos se desplazaron de la idea de problema, desorganización y anomia hacia la idea de que en esas «áreas naturales» y/o «regiones morales» había un orden, un orden otro, distinto al del resto de la sociedad, con sus lógicas particulares. Sin embargo, ya sea que primara la clave de la «desorganización social» o la posterior clave de «patrones culturales», en ambos casos la ciudad se representaba como un «mosaico» de mundos sociales espacialmente próximos y socialmente distantes.

Podríamos agregar, además, una tercera tradición al estudio de los barrios populares que mantiene relaciones cambiantes con la cuestión de la segregación y la comunidad. Se trata de aquella tradición que ve al barrio como un ámbito de la política y, por lo mismo, espacio clave de acción colectiva. En el caso de Argentina, además de una relevante producción historiográfica (Gutiérrez y Romero, 1995; Gorelik, 1998), las investigaciones recientes sobre desigualdad y espacio urbano asociaron el neoliberalismo tanto con los procesos de fragmentación socioespacial condensados en la imagen de la fractura entre *countries* y villas, como con el emergente mundo comunitario de los pobres urbanos sintetizado en «el pasaje de la fábrica al barrio» (Svampa, 2005, p. 160). Las primeras remarcaron el impacto de la expansión de nuevas formas urbanas como autopistas, complejos habitacionales vigilados para clases medias y altas en la periferia, hipermercados y centros de entretenimiento en la totalidad del

espacio urbano, suburbanización de la producción industrial y creciente aislamiento de los barrios de la clase baja en la dinámica metropolitana. Se señaló en consecuencia el reemplazo del tradicional patrón de segregación residencial a gran escala (centro y periferia) por una fragmentación urbana que permite que coexistan a escalas reducidas segmentos sociales heterogéneos y desiguales separados por barreras físicas y sistemas de control (Prévot-Schapira, 2001; Janoschka, 2002). Las segundas señalaron que frente a la pérdida de centralidad de la actividad laboral, la vida social de los sectores populares tendió a quedar circunscripta a los límites del barrio y de las organizaciones locales que allí operaban. «Inscripción territorial» (Merklen, 2005) de los pobres urbanos que, frente al proceso generalizado de desafiliación y empobrecimiento, consolidó al barrio como lugar tanto de repliegue como de inscripción colectiva. Este proceso de «territorialización de los sectores populares» (Svampa, 2005) no solo se relacionó con la pérdida de centralidad del mundo del trabajo sino también con una correlativa transformación profunda de las políticas públicas. La adopción de políticas sociales focalizadas hicieron de la participación y la autoorganización de los más pobres un objetivo explícito y prioritario, dando lugar a la formación o el fortalecimiento de innumerables organizaciones comunitarias (Bonaldi y Del Cueto, 2009).

Este reconocimiento del carácter construido «desde afuera» de los barrios no era nuevo. En relación a la historia cultural de Buenos Aires y cuestionando las hipótesis primordialistas, Adrián Gorelik (1998) sostuvo la necesidad de distinguir analíticamente entre «barrio» y «suburbio»: mientras el último término refiere a la expansión material y económica de la mancha urbana, el primero nos remite a la producción social y cultural de un territorio. Así, para las primeras décadas del siglo pasado, identifica «la conversión “silenciosa” en el suburbio de manojos de vecindarios amorfos y semirrurales en el dispositivo cultural barrio, un espacio público de nuevo tipo y escala local» (1998, p. 18). Se trató de un «dispositivo cultural» en cuya producción se vieron involucrados múltiples actores e instituciones y cuyo resultado consistió, para la historia de Buenos Aires, en la reestructuración de «la identidad de los heterogéneos sectores populares en el suburbio» (1998, p. 273). Diversos autores (Auyero, 2001; Frederic, 2004; Merklen, 2005; Grimson, 2009) han resaltado la persistencia, con flujos y reflujos, del barrio como «lugar político» para períodos posteriores. Sin embargo, si bien estas investigaciones reconocían lo que Merklen (2005) denominó «los límites del barrio» para referirse a la imposibilidad de pensar a los barrios populares como entidades autosuficientes y al necesario reconocimiento de los intercambios entre barrio y sociedad, mucha de la

investigación social sobre barrios y acción política tendió a circunscribirse en el barrio, perdiendo de vista la ciudad.

### Los límites del barrio

La tendencia a la autonomización o insularización de los barrios –incluso en investigaciones que parten de premisas teóricas que, como gran parte de los casos brevemente reseñados, postulan lo contrario– parece un efecto inercial de la investigación socioantropológica en contextos urbanos. En efecto, la búsqueda (o el encuentro casi fatal) de «la aldea en la ciudad» (Gorelik, 2008) matriz la mayor parte de nuestras investigaciones.

Desde mi punto de vista, esto se debe a la persistencia de una *doble exigencia* (aún activa en la actualidad), a partir de la cual la antropología clásica construyó sus objetos de investigación. Por un lado, lo que podríamos denominar *exigencia de holismo*, es decir, la búsqueda por conocer un grupo social en su totalidad y, por lo tanto, la tendencia a realizar investigaciones de campo en agrupamientos sociales de escala reducida. Por el otro, lo que podríamos llamar *exigencia de alteridad* (y, muchas veces, de exotismo), es decir, la comprensión de «otros» distintos del investigador, donde la propia distancia social y cultural entre el sujeto y el objeto aseguraría cierta objetividad o, al menos, la ausencia de implicación. En el caso del estudio antropológico de las ciudades, ambas exigencias se traducen en preguntas y objeciones específicas. Mientras que el holismo como horizonte deseable llevó a formular la pregunta *¿cómo estudiar antropológicamente una ciudad?*, la exigencia de alteridad llevó a interrogarse acerca de *¿cómo trabajar con nuestros vecinos?* (Segura, 2015).

La «solución» a estas preguntas suele ser replicar (como decía antes, de manera casi inercial y prerreflexiva) la operación de la Escuela Chicago: definir un otro en la ciudad, por criterios de alteridad étnica-cultural y/o coresidencia, encontrar la «aldea» (o la «tribu») en la ciudad donde realizar trabajo de campo, en un ejercicio problemático de «etnologización de la ciudad» (De La Pradelle, 2007). Se trata, en efecto, de una «solución» problemática, que nos lleva a reflexionar sobre los «límites del barrio», en un doble sentido.

Por un lado, en el sentido sociológico y político dado por Merklen (2005) a la expresión «límites del barrio». Me refiero aquí al necesario reconocimiento del barrio como una entidad que no es autosuficiente, razón por la cual, en caso de existir solidaridades o reciprocidades barriales

más o menos (a)simétricas, los bienes que circulan por la trama barrial no provienen del propio barrio. Existirían, así, una multiplicidad de procesos sociopolíticos que regulan las dinámicas barriales «desde afuera» del barrio. Recordemos, en este sentido, la propuesta analítica de Löic Wacquant (2007) quien, por medio de la comparación entre el gueto norteamericano y la periferia de París, mostró que más allá de similitudes morfológicas e incluso de vivencias semejantes entre sus residentes, nos encontraríamos ante formas socioespaciales específicas, que remiten a lógicas diferentes. En sus palabras, mientras el gueto es «un universo racial y culturalmente homogéneo caracterizado por una baja densidad organizacional y una débil penetración del Estado social», la periferia parisina «es fundamentalmente heterogénea en el plano de su composición étnico-nacional y su estructura de clase, con una fuerte presencia de las instituciones públicas» (2007, p. 200). Las similitudes morfológicas e incluso las experiencias, relatos y sentimientos parecidos entre los residentes de ambas formas socioespaciales no deberían hacernos perder de vista, entonces, las lógicas y procesos diferenciales relativos al lugar del Estado y sus políticas y a la composición étnico-racional de sus residentes. Ante este panorama, es precisamente contra cierta celebración de la «fuerza de los barrios» (Kokoreff, 2003) y de las capacidades del «territorio» que, en la perspectiva de Merklen, el barrio adquiere la forma de un último recurso o un repliegue social.

Por el otro, «límites del barrio» remite a su sentido geográfico y urbano. Si en su sentido sociológico y político los límites del barrio referían a reconocer su incapacidad para explicar todo lo que ocurría en el barrio desde el propio barrio, en su sentido geográfico y urbano refiere a la imposibilidad de los límites del barrio para contener la experiencia social de sus residentes. Si tenemos en cuenta que las interacciones y los desplazamientos son constitutivos de la vida urbana, no podemos suponer que los límites del barrio sean relevantes *per se* para los actores sociales involucrados, así como tampoco esperamos que el espacio barrial agote la vida urbana de esos actores (Althabe, 1999; De La Pradelle, 2007; Imilán, Jirón e Iturra, 2015). Las personas residen en espacios particulares, pero también se mueven y desplazan por la ciudad y por otros dominios vinculados con el trabajo, la recreación, los lazos de parentesco; es decir, los roles que desempeñan en su barrio son solo uno de los que potencialmente ocupan en los distintos dominios de la ciudad (Hannerz, 1986) y, por lo mismo, el barrio puede ser un espacio socialmente relevante de su acción como puede no serlo, o serlo para algunas actividades y no para otras. Tradicionalmente, los estudios urbanos han enfatizado la posición y el estatismo,

ignorando o trivializando la importancia de los movimientos cotidianos de las personas vinculados con el trabajo, la vida familiar, el ocio, la cultura, la religión y/o la política (Sheller y Urry, 2006). Desde la perspectiva del *mobility turn*, en cambio, la comprensión de la vida urbana implica tomar en cuenta «las prácticas cotidianas y sus distintas esferas y espacios de intercambio e interacción, que van más allá de las áreas residenciales fijas» (Jirón, 2010: 104). La pregunta por los desplazamientos no busca, sin embargo, contraponer teorías «sedentaristas» de la vida social con metáforas «nomádicas» o «líquidas», sino analizar cómo se articulan y combinan las posiciones, las distancias y los desplazamientos en la vida urbana (Segura, 2012), más teniendo en cuenta que «la ciudad es más blanda para unas personas que para otras» (Hannerz, 1986, p. 280).

### Un viaje en dos direcciones, entre el barrio y la ciudad

La identificación de los «límites del barrio» –tanto en términos socio-lógicos y políticos como en términos geográficos y urbanos– supone reconocer que la comprensión del barrio (y de la ciudad) implica realizar el viaje entre el barrio y la ciudad, un viaje de ida y vuelta, en fin, un viaje en dos direcciones. En efecto, el barrio solo puede ser comprendido en un contexto urbano mayor y, a la vez, el barrio puede ser una productiva «puerta de entrada» a la comprensión de lo urbano si nos alejamos de la búsqueda por recortar al interior del espacio urbano universos imaginados como autónomos en base a criterios como la coresidencia, la etnia, entre otros, «ciudad de los antropólogos» cuya tendencia consiste en que «la ciudad desaparezca» del horizonte de indagación y reflexión (De La Pradelle, 2007, p. 3).

Al menos eso fue lo que aprendí como resultado de una investigación etnográfica que fue desarrollada en la ciudad de La Plata, Argentina (Segura, 2015). *Vivir afuera* era la expresión recurrente con que los habitantes de la periferia segregada de la ciudad significaban su experiencia urbana cotidiana. Como comprendí con el desarrollo de una investigación basada no solo en el trabajo de campo en el barrio sino que implicó también seguir a las personas en sus recorridos por la ciudad, dicha expresión solo se tornaba inteligible realizando el viaje de ida y de vuelta entre el barrio y la ciudad.

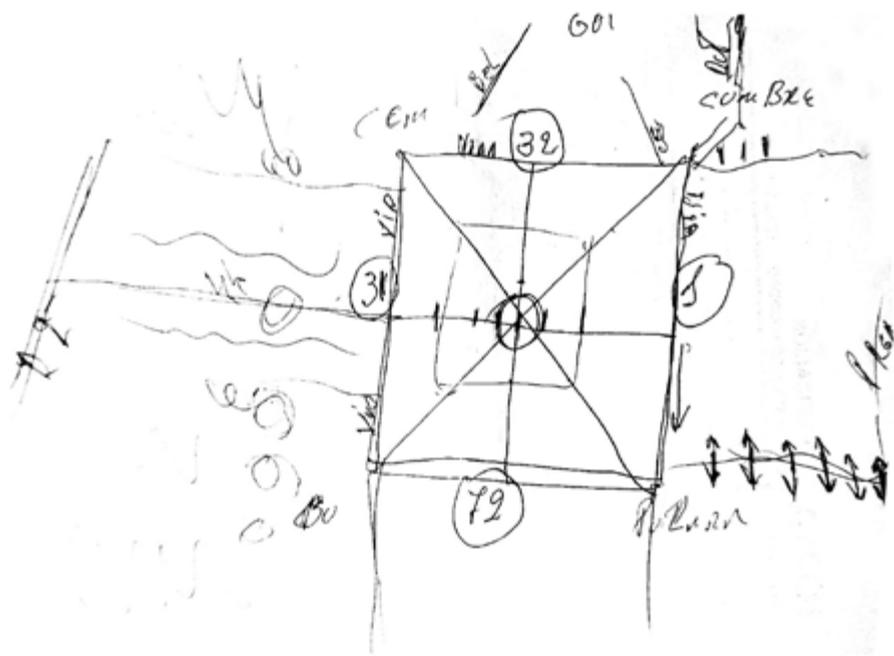
Por un lado, la investigación consistió en *un viaje desde la ciudad hacia el barrio*, hacia su periferia, para pensar de otro modo la ciudad. Fue Víctor Hugo quien dijo que la historia de una ciudad se entendía mejor desde sus suburbios (Fritzsche, 2008). En efecto, una ciudad originalmente plani-

ficada como La Plata, tan cómoda con su propio mito –la grandilocuencia del gesto fundacional, la planificación racional, el trazado perfecto– no puede (ni muchas veces quiere) ver las conflictivas y complejas dinámicas urbanas que la modelan. Algo parecido a lo que sucedió con la «ciudad efímera» que Liernur «excavó» del presente de Buenos Aires tras largos años de olvido y que, como remarca el autor,

quizá no la hemos «visto» porque hasta hace pocos años estuvimos instalados en el centro, muy cerca del poder y de la plaza, y desde allí hemos mirado sólo unos monumentos siempre sólidos. Cuando nos desplazamos a la periferia, en cambio, las formas pierden sus perfiles nítidos, el orden se distiende y comienzan a advertirse los vacíos, los flecos, las flojedades (Liernur, 1993, p. 178).

Atento a estos obstáculos y riesgos epistémicos (más para alguien que, como yo, habitaba la ciudad que estudiaba), el barrio periférico de Puente de Fierro, localizado fuera del trazado fundacional y producto de un asentamiento informal, constituyó en mi investigación un desvío o descentramiento necesario, que me posibilitó ver la ciudad desde otra perspectiva, así como conocer otras experiencias de vida en la ciudad. Se trató, en suma, de desplegar una clave de lectura de la ciudad que consistió en *esquivar avenidas* (Gorelik, 2004), atravesando la ciudad en el sentido en que no fue concebida. Este ejercicio supuso descubrir «otra ciudad» que me permitió ver «la misma ciudad» desde una perspectiva renovada y potencialmente desestabilizadora: me enseñó a mirar y así problematizar las fisuras del relato (e imagen) naturalizada y armónica de la ciudad.

Quizás alcance con una experiencia de campo relevante, que me posibilitó comenzar a repensar (en realidad, a reaprender) la ciudad. Durante una larga entrevista, Pedro describió La Plata como «encerrada entre cuatro fierros» y, al preguntarle a qué se refería, sostuvo: «Tratan de hacer todo en el centro, fuera de la ciudad, si vos anduviste por acá, ¿qué hay?». Ante la persistencia de mi incompreensión, pidió una hoja y una lapicera a su mujer y procedió a realizar el siguiente dibujo:



Mientras realizaba el dibujo relataba los pasos dados, especificando cada elemento de su composición:

«La ciudad está así: esta es la ciudad [dibuja un cuadrado], esta es la plaza Moreno [la ubica en el centro del cuadrado], las diagonales [dibuja dos líneas que cruzan el cuadrado y se interceptan en el centro, la plaza Moreno], y acá tenés [en cada uno de los vértices del cuadrado] Punta Lara, Cementerio, La Cumbre y El Boulevard. Acá adentro [señala el cuadrado] tenés todo: terminal, facultades, catedral, municipalidad, casa de gobierno, legislatura, el bosque... todo esto corre así [numera los lados del cuadrado] esta es la calle i, esta es la calle 31, esta es la 32 y esta es la 72. Todo, todo lo tenemos acá. Todo en este cuadrado. Y todo está rodeado de vías: en la 1 tenemos vías, en la 31 tenemos vías, en la 72 tenemos vías. Todo fierros. Por eso dije que la ciudad de La Plata está en cuatro fierros. Y afuera tenemos Los Hornos, Abasto, Etcheverry, Romero, la ruta 2. De acá para allá [se refiere a la avenida 32] tenemos Gonnet, City Bell, Villa Elisa, acá viene el Belgrano y acá el Centenario [principales vías de comunicación entre estas localidades] y acá tenemos la que va a Buenos Aires, la autopista. Después acá tenés [más allá de lo que señaló como calle 1] Ensenada, el Dique, Berisso. Después tenés 44, la que va a Etcheverry y a la ruta 2. Esto [señala a ambos lados de avenida 44] está prácticamente todo poblado, Los Hornos, Abasto, Etcheverry, hay

muchos que son todos quinteros. Y entonces –se pregunta con clara indignación– por qué para acá [señala más allá de 72, la zona en la que vive] no hicieron nada, no hay edificios, colegios, hospitales».

Se trata de una maravillosa representación visual de la ciudad, increíblemente rica en sugerencias como la persistencia de la forma fundacional de la ciudad como límite relevante y marco de localización y lectura de la propia posición y de las diversas localidades e hitos urbanos; de la relación entre el centro («la ciudad») y la periferia («el afuera»), así como de la relevancia de la posición social y espacial en los modos de experimentar la ciudad. Pero si la traigo aquí es, además, porque a partir de esta situación de campo comenzó a tomar forma la idea de *vivir afuera* como una «estructura de sentimiento» (Williams, 1997) que organiza prácticas, relaciones y significaciones en la vida urbana. «Otra ciudad» comenzaba a tomar forma; o la misma, vista desde otro punto de vista, que desestabilizaba el sentido común que vincula la ciudad a un cuadrado fundacional pretendidamente perfecto. La ciudad, entonces, se comprendía mejor desde el barrio.

Por el otro lado, la experiencia de *vivir afuera* solo podía comprenderse en relación con la ciudad, exigiendo realizar el camino inverso y complementario: *ir desde el barrio hacia la ciudad*. En efecto, el hecho de vivir afuera no implicaba la ausencia de interacciones ni suponía el aislamiento del barrio respecto del resto de la ciudad; por el contrario, el trabajo de campo mostró que la experiencia urbana de los habitantes de la periferia no se agotaba ni coincidía con los límites del espacio residencial. Para las personas que vivían en Puente de Fierro se tornaba necesario *salir del barrio* y desplegar diversas territorialidades barriales: se desplazaban cotidianamente hacia el centro de la ciudad y hacia sus lugares de trabajo, viajando varias horas diarias; realizaban habitualmente trámites que suponían no solo desplazamientos sino también largas esperas para acceder a los servicios públicos; muchas veces se manifestaban políticamente en los espacios centrales de la ciudad; e incluso, excepcionalmente, paseaban por la ciudad, buscando disfrutar de algunos de sus beneficios. De este modo, incluso contra poderosos límites económicos, geográficos y simbólicos, las y los residentes en la periferia se desplazaban cotidianamente por la ciudad, componiendo distintos escenarios de desplazamientos, practicando el lugar, produciendo espacios (De Certeau, 2000). Por esto, además de la cotidianeidad barrial, instancia de la vida social frecuentemente privilegiada por las ciencias sociales cuando estudia a los sectores

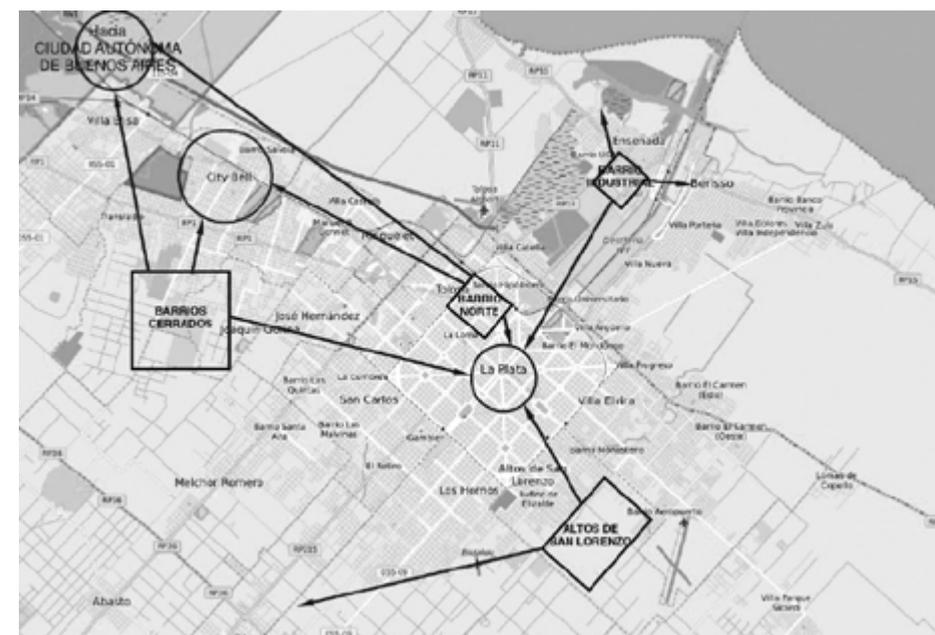
populares, debemos prestar atención a sus desplazamientos por el espacio urbano y a las territorialidades barriales resultantes.

En una investigación anterior sobre un espacio segregado del gran Buenos Aires (Segura, 2009) tomamos como punto de partida los cinco dominios urbanos (doméstico, aprovisionamiento, recreación, vecindad y tránsito) identificados por Hannerz (1986) para analizar la territorialidad de las prácticas de los residentes de ese barrio asociadas a cada uno de esos dominios y nos preguntamos: ¿cuál es la espacialidad que las prácticas en tales dominios suponen? ¿El espacio barrial las contiene en su totalidad? En caso de no ser así, ¿a cuáles sí y a cuáles no? ¿Qué tipo de prácticas –laborales, recreativas, familiares– se llevan a cabo fuera del barrio? Por otra parte, ¿cuáles son las interrelaciones entre los dominios? ¿Total autonomía de cada dominio? O, por el contrario, ¿interpenetración entre vecindad y recreación, entre familia y trabajo, entre vecindad y familia?

Desplegando estas preguntas para el caso de Puente de Fierro, lo primero que se identificó fue la centralidad que tenía la *práctica del salir*, es decir, el desplazamiento hacia fuera del barrio, en las estrategias de aprovisionamiento. El barrio no era un ámbito autónomo ni autosuficiente, por lo que sus residentes debían salir para obtener un conjunto de bienes y servicios fundamentales para la reproducción de la vida. En este sentido propuse la ecuación «recursos hacia afuera, vínculos hacia adentro» como una fórmula que condensaba esquemática y parcialmente la vida en barrios populares, vida tensada entre una multiplicidad de fuerzas que empujan hacia el aislamiento y la exclusión, por un lado, y la movilidad como práctica fundamental en las estrategias implementadas para sobrevivir, por el otro. Se trataba de una fórmula esquemática y parcial por dos motivos. En primer lugar, porque no todos los recursos para vivir se obtienen fuera del barrio ni se sale únicamente en búsqueda de recursos. No obstante esto, la mayor parte de los desplazamientos por la ciudad consistían en *salidas instrumentales* (Grimson, 2009): salir por algo puntual y específico (ir a trabajar, acceder a la educación y la salud, realizar trámites), lo que supone un gran esfuerzo en términos económicos, temporales y corporales por la escasez de dinero, las grandes distancias y la mala calidad de los medios de transporte. En segundo lugar, porque según la posición social de los actores barriales analizados, la circulación, los desplazamientos y las territorialidades variaban sensiblemente. De hecho, del trabajo de campo realizado surgió que para comprender los desplazamientos por la ciudad se debe mirar la cambiante articulación entre la condición laboral, el género y la edad, entre otras dimensiones, que influyen tanto en el co-

nocimiento de la ciudad como en las territorialidades cotidianas de cada una de las personas en la ciudad. El barrio, entonces, se comprendía mejor si pensábamos las relaciones de sus habitantes con la ciudad.

Posteriormente, el trabajo realizado con las y los habitantes de Puente de Fierro en Altos de San Lorenzo se complementó con la reconstrucción de las territorialidades cotidianas de las y los habitantes de otros barrios de la ciudad: barrios cerrados de clases altas localizados en City Bell, un barrio tradicional de clases medias y altas en el centro de la ciudad, y un barrio de vivienda social en la localidad portuaria e industrial de Ensenada (Segura, 2018a; Segura y Chaves, 2019). La dinámica de bifurcaciones y entrelazamientos (Segura, 2018b) de las movilidades cotidianas de las personas que habitan en estos barrios en la ciudad se encuentra representada de manera sintética en la siguiente cartografía, en la cual se simbolizan la direccionalidad dominante de las movilidades (vectores) desde los espacios residenciales (rectángulos) así como los nodos (círculos) que las mismas producen.



A partir de este mapa podríamos pensar a la ciudad como un conjunto de caminos que convergen en el centro, el cual constituye uno de los pocos espacios compartidos (o al menos transitado) por la mayoría de los

habitantes de la ciudad. El centro, entonces, como un nodo compartido por distintos circuitos cotidianos, los cuales a la vez delinear cartografías diferenciales de la ciudad. En efecto, en la cartografía emergen dos nodos exclusivos de clases medias y altas: City Bell y Buenos Aires. A diferencia de Buenos Aires (nodo vinculado al trabajo y al consumo), el eje que conecta el centro de la ciudad de La Plata con las localidades de Gonnet, City Bell y Villa Elisa supone la consolidación de una red de relaciones sociales de sectores medios y altos vinculados con las prácticas educativas, de salud, consumo y ocio. Esto no significa, sin embargo, que sea un espacio exclusivo de clases medias y altas (las localidades mencionadas son más heterogéneas en términos socioeconómicos que el casco fundacional de la ciudad), sino que esas clases tienen en esas localidades colegios, clubes, clínicas, espacios de consumo y de ocio que forman parte de sus circuitos de sociabilidad cotidiana, la cual difícilmente exceda esa geografía específica. Asimismo se observa que así como esas localidades no forman parte de las movilidades cotidianas de los habitantes de Puente de Fierro y de los barrios populares de Ensenada, la periferia sur y oeste de la ciudad y el centro de Ensenada por donde se mueven estas personas, no forman parte de las movilidades cotidianas de los sectores medios y altos, desarrollándose –como decíamos– una dinámica de entrelazamientos (en el centro) y bifurcaciones (circuitos segregados).

La imagen que nos hacemos de la vida urbana haciendo el viaje en dos direcciones –y, más aún, haciendo ese viaje desde distintos barrios– es que la ciudad no es un mosaico de mundos (raciales, étnicos o de clase) homogéneos como imaginó la Escuela de Chicago, sino que la producción de diferencias, desigualdades y alteridades en el espacio urbano resulta de una dinámica de intercambios, encuentros y trayectos más o menos conflictivos, producto del despliegue de específicas territorialidades barriales. En síntesis, el análisis de las prácticas cotidianas muestra que no hay fragmentos autónomos ni sujetos fijos; por el contrario, hay interconexión y movimiento. Por supuesto, las personas están en condiciones –y cuentan con medios y recursos– desiguales para habitar la ciudad. Sin embargo, más allá de estos obstáculos, uno de los productos de las movilidades es poner en contacto (o, al menos, aproximar) a personas que habitan en distintos lugares y que participan de circuitos socialmente segregados. Como hemos mostrado en otro lugar (Segura, 2018b) es precisamente en ese movimiento de aproximación e interconexión que se (re) producen y/o cuestionan la distancia, la separación y la desigualdad. De esta manera, además de conectar, las movilidades crean y recrean fronte-

ras y barreras (Caggiano y Segura, 2014) en el despliegue de las territorialidades cotidianas.

### Reflexiones finales

La apuesta interpretativa (y metodológica) de estas páginas consistió en sugerir la productividad que para la investigación socioantropológica puede tener la comprensión recíproca entre barrio y ciudad. Antes que entidades fijas, estables y aisladas, el viaje en dos direcciones entre el barrio y la ciudad nos muestra que ambas categorías son producidas, reproducidas y transformadas por medio de las prácticas cotidianas de sus habitantes, las cuales rara vez se circunscriben a los límites del barrio. En cambio, en el despliegue cotidiano de las cambiantes y desiguales formas de habitar y apropiarse del espacio urbano se van construyendo «barrios» y «ciudades», sus límites y sus conexiones. Quienes realizan este movimiento son las y los habitantes de la ciudad y la tarea de la investigación consiste en acompañar estos desplazamientos y cartografiarlos (en sentido literal o metafórico) para comprender las dinámicas de producción de barrio y de ciudad involucradas en este habitar cotidiano.

La figura de un viaje en dos direcciones entre el barrio y la ciudad –viaje que, como vengo diciendo, no es arbitrario ni basado en la deriva, sino que consiste en acompañar a las personas en sus recorridos, identificando las distancias, los obstáculos, las interacciones, los sentidos y los sentimientos que se despliegan en el mismo– se sostiene en un doble ejercicio heurístico: ir de la ciudad hacia el barrio con la hipótesis de que la ciudad se entiende mejor desde sus barrios, e ir desde el barrio hacia la ciudad, ya que el barrio se comprende mejor si analizamos las relaciones de sus habitantes con la ciudad.

## Referencias bibliográficas

- Althabe, G. (1999) Lo microsocioal y la investigación antropológica de campo. En G. Althabe y F. Schuster (Comps.) *Antropología del presente* (pp. 61-68). Buenos Aires: Edicial.
- Auyero, J. (2001). Introducción: claves para pensar la marginación. En L. Wacquant, *Parias urbanos. Marginalidad en la ciudad a comienzos del milenio* (pp. 9-31). Buenos Aires: Manantial.
- Bonaldi, P. y Del Cueto, C. (2009) Fragmentación y violencia en dos barrios de Moreno. En A. Grimson, C. Ferraudi Curto y R. Segura (Comps.) *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. (pp. 103-128). Buenos Aires: Prometeo.
- Burgess, E. (1925) The growth of the city. An introduction to a research Project. En R. Park, E. Burgess and R. McKenzie (Eds.). *The city* (pp. 47-62). Chicago: The University of Chicago Press.
- Caggiano, S. y Segura, R. (2014) Migración, fronteras y desplazamientos en la ciudad. Dinámicas de la alteridad urbana en Buenos Aires. *Revista de Estudios Sociales*, (48), 29-42.
- Carman, M., Vieira de Cunha, N., Segura, R. (orgs.). *Segregación y diferencia en la ciudad*. Quito: Flacso /Clacso.
- De La Pradelle, M. (2007). La ciudad de los antropólogos. *Cultura urbana*, 4, 1-8.
- Ferraudi Curto, C. (2019) Neighborhood. En T. Orum (Dir.) *The Wiley-Blackwell Encyclopedia of Urban and Regional Studies*.
- Frederic, S. (2004) *Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.
- Fritzsche, P. (2008). *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gorelik, A. (1998). *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Quilmes, Argentina: Universidad Nacional de Quilmes.
- \_\_\_\_\_ (2004). *Miradas sobre Buenos Aires*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_ (2008). La aldea en la ciudad. Ecos urbanos de un debate antropológico. *Revista del Museo de Antropología*, (1), 73-96.
- Gravano, A. (2006). *El barrio en la teoría social*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Grimson, A. (2009). Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires. En A. Grimson, C. Ferraudi Curto y R. Segura (Comp.). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires* (pp. 11-38). Buenos Aires: Prometeo.
- Grimson, A., Ferraudi Curto, C. y Segura, R. (Comp.) (2009). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.
- Gutiérrez, L. y Romero, L. (1995) *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Hannerz, U. (1986). *La exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*, Buenos Aires: FCE.
- Imilan, W., Jirón, P., Iturra, L. (2015). Más allá del barrio: habitar Santiago en la movilidad cotidiana. *Revista Antropologías del Sur*, (3), 87-103.
- Janoschka, M. (2002). El nuevo modelo de la ciudad latinoamericana: fragmentación y privatización, *EURE*, 26 (85), 11-29.
- Jirón, P. (2010). Posibilidades de socialización e integración. La movilidad en Santiago de Chile. En *Mutaciones de lo colectivo: Desafíos de Integración*. Actas de la tercera escuela Chile-Francia, Cátedra Michel Foucault, Casa Central de la Universidad de Chile.
- Kokoreff, M. (2003). *La force des quartiers*. París: Payot-Rivages.
- Liernur, J. (1993). La ciudad efímera. En J. Liernur y G. Silvestri. *El umbral de la metrópolis* (pp. 177-222). Buenos Aires: Sudamericana.
- Magnani, J. (2002). De perto e de dentro: notas para uma etnografía urbana. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 17 (49), 11-29.
- Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos: Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Editorial Gorla.
- Park, T. (1999). *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Prévot-Schapira, M. F. (2001). Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades. *Perfiles Latinoamericanos*. (19), 33-56.
- Segura, R. (2009). Si vas a venir a una villa, loco, entrá de otra forma. Distancias sociales, límites espaciales y efectos de lugar en un barrio segregado del gran Buenos Aires. En A. Grimson, C. Ferraudi Curto y R. Segura (Comps.). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires* (pp. 41-62). Buenos Aires, Argentina: Prometeo.
- \_\_\_\_\_ (2012) Elementos para una crítica de la noción de segregación residencial socioeconómica: desigualdades, desplazamientos e interacciones en el periferia de La Plata. *Quid* 16. (2), 106132.
- \_\_\_\_\_ (2015) *Vivir afuera. Antropología de la experiencia urbana*, Buenos Aires: Unsam Edita.
- \_\_\_\_\_ (2018a) Ways of Dwelling: Location, Daily Mobility and Segregated Circuits in the Urban Experience of the Modern Landscape of La Plata. En B. Freire-Medeiros y J. O'Donnell (Eds.). *Urban Latin America: Images, Words, Flows and the Built Environment* (pp.

- 156-172). Nueva York: Routledge.
- \_\_\_\_\_ (2018b). La ciudad de los senderos que se bifurcan (y se entrelazan): centralidades conflictivas y circuitos segregados en una ciudad intermedia de la Argentina. *Universitas Humanística*, (85), 155-181.
- Segura, R. y Chaves, M. (2019). Modos de habitar: localización, tipo residencial y movilidad cotidiana en el Gran La Plata. En M. Di Virgilio y M. Perelman (Eds.) *Disputas por el espacio urbano. Desigualdades persistentes y territorialidades emergentes* (pp. 193-222). Buenos Aires: Biblos.
- Sheller, M. y Urry, J. (2006). The new mobilities paradigm. *Environment and Planning*, (38), 207-226.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente*. Buenos Aires: Taurus.
- Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Williams, R. (1997). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.